

De William Butler Yeats

Siete poemas

LA ISLA DEL LAGO DE INNISFREE

Me levantaré ahora, e iré a Innisfree,
Y construiré una choza de barro y breña ahí;
Tendré alguna colmena, diez surcos de frijol,
Y allí viviré solo bajo el sol.

Alguna paz tendré, paz que lenta gotea
De los velos del alba a donde canta el grillo;
El día: un fulgor púrpura, la noche centellea,
La tarde llena de alas de pardillo.

Iré ahora, sí, y siempre oiré con emoción
Cómo el agua del lago besa quedo la orilla;
Estando en el camino, sobre la gris gravilla,
La oigo en lo más hondo del corazón.

CUANDO SEAS VIEJA

Para Berta y Tomás

Cuando seas vieja y canosa, adormilada,
Rendida junto al fuego y leas estos versos
Lentamente y evoques aquellos ojos tersos
Que alguna vez tuviste, y su hondura te invada;

Cuántos hombres amaron tu gracioso talante
Y tu belleza, con pasión falsa o genuina,
Pero sólo uno amó a tu alma peregrina
Y también las tristezas de tu rostro cambiante;

Y agachándote enfrente de los candentes hierros
Murmures tristemente cómo el amor huyó
Y ocultando su rostro jovial deambuló
Entre un montón de estrellas alto sobre los cerros.

CANCIÓN DE AENGUS EL ERRABUNDO

Salí al bosque de avellanos,

Mi cabeza estaba en llamas,

Corté y pelé una varita

Y até un cordel a una baya;

Volaban blancas polillas,

Las estrellas titilaban;

Lancé la baya a un arroyo,

Pesqué una trucha de plata.

Cuando la puse en el suelo

Fui y avivé una fogata,

Pero algo crujió en el suelo,

Y oí a alguien que me hablaba:

Vuelta una chica radiante

Lucía en el pelo unas flores

De manzano; me llamaba

Por mi nombre, y se alejó

Y en el aire se esfumó.

Aunque he envejecido errando
Por valles y por montañas,
Buscaré adónde se ha ido,
Voy a andar entre altas matas
Y voy a estrechar sus manos
Y a besarla con pasión;
Y hasta que el tiempo concluya
Recogeré las manzanas
Plateadas de la luna
Y las doradas del sol.

ÉL ANHELA LOS PAÑOS DEL CIELO

Si del cielo tuviera yo los paños,
Bordados con brillante y áurea luz,
Azules, velados y oscuros paños
De la noche, la luz y la media-luz,
Tendería esos paños a tus pies:
Mas soy pobre, sólo tengo mis sueños;
He extendido mis sueños a tus pies.
Pisa suave, porque pisas mis sueños.

NAVEGANDO HACIA BIZANCIO

I

Ese no es un país para viejos. El joven
En brazos de otro, pájaros que en las frondas se mecen,
— Esos seres efímeros —, ya canten o desoven
Salmones y sardinas, cardúmenes que crecen,
Pescado, carne y aves: que en verano se arroben
Todos los que han nacido y nacen y perecen.
Presos en esa música sensual ven sin afecto
Obras de un perdurable, nunca ajado intelecto.

II

Un hombre entrado en años es una cosa ruin,
Un abrigo andrajoso, a menos que, al final,
El alma aplauda y cante, alto, como un clarín,
Por todos los andrajos de su traje mortal,
No hay escuela de canto, tan sólo estudio afín
A aquellos monumentos en su esplendor cabal.
Por eso navegué los mares, y en buena hora
En la sacra ciudad de Bizancio ando ahora.

III

Sabios de pie en el fuego divino, sacrosanto,
Igual que en los dorados mosaicos de un altar,
Vengan girando en círculos, surjan del fuego santo,
Y enséñenle a mi alma, maestros, a cantar.
Tomen mi corazón; enfermo de ansiar tanto
Y atado a un animal que está por expirar
Y no sabe quién es; y únanme, por piedad,
Con algún artificio de la ardua eternidad.

IV

No tomaré, ya libre de la naturaleza,
La forma de mi cuerpo de ningún ser creado,
Sino una igual al griego que forjó aquella pieza
Dorada con esmalte y de oro repujado,
Para un Emperador presa de la pereza;
O cantando en las ramas de un arbusto dorado
De Bizancio a los grandes acerca de lo que ha
Pasado, está pasando o un día pasará.

LEDA Y EL CISNE

Un golpe repentino: las grandes alas baten
aún sobre la atónita muchacha, y acarician
sus muslos y sus gráciles pechos, que se debaten
bajo el pecho y las plumas que sus labios codician.

¿Cómo pueden sus dedos pasmados empujar
a esa gloria emplumada de sus muslos rendidos
y el cuerpo cómo puede ante ese albo atacar
sentir, laxo, del raro corazón los latidos?

Un temblor en los lomos ha concebido allí
el muro roto, el techo y el alcázar ardiendo
y a Agamenón muerto.

Dominada, yaciendo

sujeta por la bruta sangre del aire, ¿ahí
se pudo pecar ella de su poder
antes que el pico apático la dejara caer?

LEDA Y EL CISNE

(Segunda versión)

De pronto, un golpe: grandes alas baten
sobre la frágil niña, y acarician
sus muslos y sus pechos, que rebaten
pico y cuello que sus labios codician.

¿Cómo pueden sus dedos apartar
a esa gloria de sus muslos rendidos?
¿Y su cuerpo cómo ante ese albo atacar
sentir del raro pecho los latidos?

Un temblor en los lomos gestó allí
muros y techos y torres ardiendo
y muerto a Agamenón.

Blanda, yaciendo,

por la sangre del aire presa, ¿ahí
quizá se percató de su poder
cuando el pico hartó la dejó caer?

¿Y QUÉ?

Sus amigos pensaban en la escuela
Que cuando creciera iba a ser famoso;
Él pensaba lo mismo y vivió en orden
Sus primeros veinte años trabajando;
Y el fantasma de Platón cantó: “¿Y qué?”

Todo lo que escribió lo leyeron,
Ganó todo el dinero necesario
Y no pocos amigos verdaderos;
Y el fantasma de Platón cantó: “¿Y qué?”

Sus sueños se hicieron realidad:
Una casita antigua, esposa, hija, hijo,
Tierras que dieron ciruelas y coles,
Artistas y poetas lo admiraron;
Y el fantasma de Platón cantó: “¿Y qué?”

“Labor cumplida, pensó ya de viejo,
Tal y como de niño lo planeé;
Rabien los necios: en nada me desvié,
Y algo a la perfección pude traer”;
Y el fantasma cantó más fuerte: “¿Y qué?”